

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

N

E

S



# Segundo Premio 2016

## La orquesta

### Ulyses Villanueva Tomás

*Convierte tu muro en un peldaño*  
(Rainer María Rilke)

Apoyó suavemente el arco sobre el violín mientras el director sostenía los brazos en alto, casi ingrátidos, como un ave a punto de alzar el vuelo. La batuta en su mano derecha hizo un gesto apenas perceptible, un pequeño signo de interrogación con el que parecía preguntar a los músicos de la orquesta por el secreto de sus vidas. Ella deslizó suavemente su mano sobre el instrumento y las primeras notas de la sinfonía inundaron de excelencia el silencio del auditorio.

Si había una pregunta a la que no quería responder era la que estaba marcada a golpes a lo largo de su cuerpo, esas notas amoratadas sobre el pentagrama de su fina piel cuya melodía de dolor y amargura resonaban con cada pequeño visaje que realizaba. Por eso sus ropas holgadas cubriendo el cuerpo y su dulzura custodiada bajo un semblante prudente y serio, como un refugio para las emociones. Tras los primeros compases un dolor punzante se fue acomodando inexorablemente en la postura, en la repetición de movimientos y ademanes, como si ya formara parte íntima de su presencia.

Entró a formar parte de la orquesta dos años antes, tras aprobar una exigente oposición junto a otros dos candidatos. Acababa de cumplir veintiocho años y todos sus esfuerzos habían desembocado felizmente en aquel logro. Tenía la sede en una moderna sala sinfónica situada en una calle céntrica de la ciudad, muy cerca de la casa donde vivía de alquiler y desde la que podía llegar andando a trabajar. En aquel momento no tenía pareja y su vida se centraba a tiempo completo en lo profesional. Ensayaban durante la semana y tocaban para el público los viernes y los sábados por la noche. Después solían quedarse a tomar algo, comentando el concierto y compartiendo entre risas las anécdotas de cada atril. El director titular raramente les acompañaba, como si perteneciera a un estatus más institucional, pero en ocasiones especiales se sumaba a algún tipo de celebración como uno más, sin que esa diferencia trascendiera el hecho en sí de compartir un rato en buena compañía. Era un hombre elegante y reservado, poco ceremonioso sobre el podio y de trato seco con el colectivo al que dirigía, acaso por un perfeccionismo adquirido tras años de experiencia

ULYES VILLANUEVA TOMÁS nació en Madrid, en el año 1970. Licenciado en Periodismo, su interés por las terapias corporales le ha llevado a compaginar sus trabajos como profesor de yoga, tai chi y meditación con la escritura.

Colabora con la revista *Condé Nast Traveler* y es autor de los libros *Mindfulness. Meditación para gente de alto rendimiento* (2014) y *Luz azul* (2016), un ensayo sobre el mar y el buceo en apnea.

Ha sido galardonado, entre otros, en los certámenes Poesía Estepona Inspira, Cuentos Infantiles sin Fronteras de Otxarkoaga, Pedro Alonso Morgado de poesía, Villa de Mazarrón, Poesía Minera de La Nueva de Langreo y Certamen Literario El Vedat.



que le impedía observar con mesura posibles fallos de ejecución y de actitud. Dirigía sin partitura pues su conocimiento trascendía cualquier exigencia formal, lo que le había proporcionado un esplendor dentro la profesión difícilmente comparable. Aún joven, no ocultaba un talante menos propio de su edad y más acorde con una veteranía prematura, con el eco de una vejez todavía no lograda.

La primera vez que coincidieron fuera del trabajo fue con motivo de un concierto navideño con el que concluía la temporada. Ambos ocupaban los extremos de una larga mesa donde las conversaciones se cruzaban entre copas llenas de cava. A veces la distancia favorece más el contacto entre dos personas que la proximidad, es más fácil crear un vínculo en la periferia que en la propia intermediación. Así se encontraron ellos, en el no decirse nada, en el no llegar al otro, y así duró esa sensación de pertenencia como un secreto sólo compartido por los dos, rodeados de una celebración que se alargó hasta la madrugada. Poco a poco se fueron quedando solos y la necesidad de descubrirse se impuso al silencio que los había separado. Al salir caminaron en la misma dirección como si una corriente invisible les impidiera bracear hacia la orilla. Ella buscó las llaves en el bolsillo y él escuchó ese sonido metálico, irremediamente.

Quisieron mantener su relación en secreto y no mostrar en público una jerarquía compartida, pues no siempre se comprende el amor cuando une a personas de distinta categoría profesional. Nada en su trato trascendió al resto de compañeros y esa incógnita sin revelar les proporcionó muchos momentos de complicidad. Sus maneras seguían siendo las mismas pero existía un placer contenido en la ignorancia general de su compromiso. Más tarde, cuando había terminado el ensayo y se encontraban relajadamente en alguna de las dos casas, reían complacidos ante el misterio sostenido de su relación. Pasaron meses así, creando una rutina llena de atención y desconfianza, eludiendo ciertos hábitos naturales en otras parejas pero menos corrientes en su caso particular, como cogerse de la mano, salir a cenar o al teatro, sincronizar en definitiva sus vidas. Él era especialmente cuidadoso y muy reactivo a cualquier mínima muestra de confianza en público ya que contemplaba su rango como un ejemplo a seguir, una dirección en todos los sentidos. A medida que pasaba el tiempo ella pareció no poder evitar el riesgo e incumplió esa distancia con actos furtivos de cariño en el propio lugar de trabajo. Aunque él tuvo que advertirle en varias ocasiones, no logró evitar esas demostraciones de afecto. No dejaban de ser pruebas de estima que, en alguna ocasión, habían desembocado en expresiones de hartura por su parte.

El amor, cuando está contenido en una fábula cuyas personajes han de justificarse ante el mundo, encuentra en algún momento de su duración una respuesta a ese engaño, no por ser la consecuencia de un error o un descuido, sino porque la afirmación de dos personas enamoradas termina ocupando inexorablemente todos los ámbitos de la realidad. Y así, un día cualquiera, la comedia terminó de golpe cuando un beso errático y una caricia en el antebrazo fue descubierta por un testigo casual, y el rumor extendió a gran velocidad la certeza de su conjura, mientras cierta estabilidad que parecía inquebrantable se desprendió con fuerza de los goznes de ambos cómplices. Ella, sintiendo una culpa que desmerecía, terminó aislada del resto de los componentes de la orquesta, pues sentían que entre ellos había de existir una unidad sin fisuras, una especie de pacto de honor ante los dirigentes de la empresa.



El segundo movimiento se iniciaba con un solo de chelos que ella aprovechó para acomodarse de nuevo, estirar algo la espalda y el cuello, y habitar la respiración al dolor constante de sus heridas. Compartía el atril con una chica algo mayor que ella, de origen ruso y con esa hermosura invernal de rasgos finos y pelo extremadamente claro. Apenas había tenido relación con ella pues no pertenecía al cuerpo de la orquesta sino que asistía contratada por semanas, cuando alguien enfermaba o la obra que se iba a interpretar requería mayor número de violines. Los chelos estaban terminando y volvió a acomodar su instrumento bajo la barbilla, lentamente, poco antes de que el director les diera con solemnidad la entrada.

Aquel día se encontraron en casa de ella. Se disculpó nada más verle y se abrazó con fuerza a él como tratando de protegerse de la situación que ella misma había creado. Así estuvo un rato, sin poder reprimir las lágrimas que caían desesperadamente por su cara. Pero él mantuvo una firmeza ingrata y dura, una distancia que pronto se impuso entre los dos.

–Te dije que cuidarás esas muestras de cariño.

–Siento que todo haya ocurrido así, lo siento –dijo con la voz entrecortada por el llanto.

–Mi situación es ahora muy difícil.

–¿Y crees que la mía es diferente a la tuya?

–¿Acaso no sientes que sea tu responsabilidad? –gritó él.

–Claro que siento la...

La furia del golpe la lanzó contra la puerta que había unos metros tras ella. Fue como un instante de olvido, una falta de presencia en la presencia dolorosa de un cuerpo que caía violentamente contra el suelo. Cuando trató de buscar la explicación a ese dolor que sintió cuando volvía en sí, recibió una patada en el estómago que frenó de inmediato su respiración, ahogándola por dentro como si sus pulmones se hubieran reducido hasta no poder recuperar el aire. Su visión se fue haciendo más borrosa a medida que recibía más y más golpes. Justo antes de desmayarse escuchó el sonido de la puerta de la calle, suavemente, y los pasos descendiendo sin prisa por las escaleras como si ningún resto de la atrocidad que había cometido aquel hombre le acompañara.

Cuando volvió en sí la luz de la calle había desaparecido y era ya noche cerrada. Estuvo un momento tumbada antes de tratar de incorporarse, incrédula ante lo que acababa de suceder. Sus sentidos podían captar cada pequeño detalle alrededor como si fuera un animal que estuviera siendo acechado. Nunca pensó que alguien como ella pudiera ser víctima de una agresión, tal vez porque creemos que el infortunio embiste a los demás y no a nosotros, y porque la desgracia acontece tantas veces sin tocarnos que nos sentimos invulnerables, intactos. Se palpó la cara con las manos pero no sintió ningún resto de sangre ni heridas aparentes. Tenía un enorme chichón en la cabeza pero estaba cubierto por el pelo y no se notaba a simple vista. Muchas veces la violencia se oculta tras la belleza de los rostros.

Una sensación de miedo y vergüenza se apoderó de ella como si de repente le hubiera subido la fiebre. Gateó hasta el dormitorio y se tumbó sobre la cama tapándose con una manta. El peso de los golpes hundía su voluntad en un silencio del que no se podía despe-





rezar, como si la necesidad de levantar el teléfono y pedir ayuda sufriera también las heridas de la paliza y agonizara dando vueltas en círculos. Poco a poco se fue quedando dormida hasta olvidar lo que había sucedido, transportada a un sueño profundo y largo.

A la mañana siguiente llamó al trabajo y dijo que se encontraba enferma. Era un jueves, así que no tenían concierto ese día. Por suerte, si es que la suerte se puede medir en número de golpes, no había sufrido ninguna hemorragia interna ni tenía huesos rotos. Se preparó una infusión mientras se vestía y salió a la farmacia para comprar antiinflamatorios y analgésicos. Caminaba algo encogida y su voz sonaba entrecortada por el dolor. La farmacéutica era una mujer de unos cincuenta años que se preocupó por ella y le preguntó si estaba bien. Tal vez sospechara algo de lo que había sucedido pero un muro de silencio y monosílabos se interpuso ante su deseo de ayudar. De vuelta en casa se tomó un par de pastillas y volvió a tumbarse en la cama. El teléfono sonó varias veces pero ni siquiera se acercó para comprobar quién era. El tiempo pasaba muy despacio y las bruscas imágenes del día anterior habitaban esa lentitud cada vez con mayor detalle, mostrando la escena desde distintos ángulos y recuperando los sonidos sincronizados con ellas. Nunca imaginó que un puñetazo en la cabeza sonara así, con esa dureza que provocó que sus dientes chocaran entre sí con un ruido agudo y nada orgánico. El día fue pasando a través de ella sin que apenas cambiara de postura. Y de nuevo llegó la noche.

El tercer movimiento se interpretaba casi sin pausa y, tras un final *in crescendo*, el público estalló en una sonora ovación que provocó que la orquesta tuviera que levantarse repetidas veces para saludar, inclinándose cada vez en respetuosas reverencias que agudizaban de manera considerable el suplicio. Durante el descanso estuvo sentada detrás del escenario compartiendo una botella de agua junto a su compañera de atril. No hablaban, simplemente aguardaban juntas la segunda parte, donde acompañarían un concierto de piano.

Llegó una hora antes de que comenzara el concierto vestida ya con la ropa de gala, se sentó en su sitio y comenzó a calentar. El resto de compañeros fue ocupando progresivamente sus lugares hasta que no faltó nadie. El patio de butacas iba ofreciendo un aspecto abarrotado, apenas se veían sitios libres y la expectación iba en aumento. Sonó el timbre anunciando los cinco últimos minutos antes del comienzo de la obra. Al fin se fueron apagando las luces, se hizo un silencio absoluto en el auditorio y una vez el concertino hubo afinado con las diferentes secciones entró el director acompañado de una salva de aplausos. Era la primera vez que le veía desde entonces. Altivo, digno. Apenas sostuvo su mirada en la de ella. Contempló a la orquesta y alzó los brazos. La batuta en su mano derecha, la misma mano que la había golpeado con dureza, cargada de odio hacia el ser humano, cargada de golpes que nacieron hace muchos años en algún recodo de su vida, tal vez como consecuencia de otros golpes, o de un amor no correspondido, o simplemente de una elección personal.

—Tienes que denunciarlo.

—¿Qué?

—Tienes que denunciarlo.

—¿Por qué dices eso?



—Tu cuerpo escondido de él. Llevo observándote todo el concierto.

La chica rusa posó la mano en su hombro cubierto por el vestido y la acarició suavemente. A veces la dignidad sólo necesita la simpleza de un gesto. Luego se abrazaron como si su amistad durara desde siempre, creando el primer cobijo en el que ella realmente se sentía a salvo desde la paliza. Es extraña la manera en que el miedo ahoga la conciencia y ralentiza la intuición de sobrevivir, aislando a aquellas personas que deambulan abdicadas de sí mismas hasta hacerlas creer que aquello que les sucedió tiene un pretexto.

—Iré contigo. Ahora.

—Pero.

—Ahora. La humillación ha de sentirse por los puñetazos que se dan y no por los que se reciben.

Se levantaron y salieron por la puerta de artistas sin que nadie las descubriera. Mientras se alejaban, escucharon la última llamada antes del comienzo de la segunda parte y las prisas de los más rezagados ocupando de nuevo sus asientos, pero ya no vieron al director contemplando con desprecio las dos sillas vacías frente a él ni el pequeño temblor que movía involuntariamente la batuta en su mano. Primer movimiento.